

# EL PENSAMIENTO DE TREJO Y SANABRIA

por

GUILLERMO FURLONG, S. J.

El siglo XIII, señoras y señores, aunque tan afanoso en placeres como el nuestro, y tan epiléptico en convulsiones sociales, como el nuestro, fué, no obstante, el más grande de los siglos.

Y fué tal, entre otras razones, por su perenne y práctica observación de los fenómenos del alma, y esta observación otorgó a esa centuria, como no ha otorgado a otra alguna, el sello de la unidad y el don de la armonía. Recordad, sino, como fué el siglo de la *Summa Theológica*, y fué el siglo de la *Divina Comedia*, y fué el siglo de las Universidades y fué el siglo de las Catedrales góticas.

Y así como la obra del Aquinate es la supervivencia en luminosas disquisiciones de la vivencia real de aquella centuria, y la obra del Alighieri es la supervivencia de la misma, pero en alados tercetos, y ambas maravillas del ingenio parten de la verdad, que está en la unidad, y a ella convergen, así también las Catedrales son esa supervivencia en artísticos bloques de sillería, y las Universidades son, o debieran ser, esa supervivencia, pero en voces vivas, difusoras de esa verdad, que está en la unidad.

Es que la cultura filosófica, y aun la estética en aquella venturosa centuria, tenía por primer alimento la sagrada Teología, y por eso el siglo XIII fué grandemente original en las aplicaciones de esa Teología a la ciencia, al arte, y, lo que es más, a la vida toda. Es que entonces, así la ciencia como el

---

(\*) Conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Universidad de Córdoba, el día 16 de agosto de este año de 1952, con la presencia del señor Rector, Dr. Ahumada, y muchos catedráticos. El orador fué presentado por uno de ellos, el doctor Pedro J. Frías (h.). La ocasión fué el homenaje que los jóvenes de la A. C. A. tributaron a la Universidad, con ocasión de tener lugar en Córdoba su VIII Asamblea Nacional.

arte y como la vida misma no eran esferas independientes, sino que eran testimonios diversos de la vitalidad del espíritu, y no tan sólo del espíritu individual sino también del espíritu colectivo, del espíritu del género humano todo.

He ahí el secreto de la grandeza de esa centuria, y he ahí porqué ella, culminación suprema en la curva secular del progreso, estampó sus huellas con riquísima variedad de formas históricas, con fantástica eflorescencia de pensamiento profundo, y de examen agudísimo, y de arte primoroso, y de poesía como angélica, y de símbolos y de leyendas, no superadas aún.

Cuando se conocen estas realidades, ¡con qué emoción no tomamos entre manos la **Suma** del Doctor Angélico, y con qué reverencial respeto no hojeamos la **Divina Comedia** del gran vate toscano, y con qué sagrada unción y trepidante paso no penetramos en aquellos maravillosos templos de Chartres, de Notre Dame de París, de Estrasburgo, de Sevilla y de Westminster, y con qué sobrecogimiento religioso no penetramos en esas sedes máximas del saber, existentes aún, a lo menos materialmente, en la Sorbona, en Oxford, en Bonn sobre el Rhin, en Padua y en Roma, en Salamanca y en Alcalá!

Es que otrora esos airoso, y, al parecer, etéreos templos, imprimían la unidad en los corazones, como esas Universidades, de amplísimos claustros y caprichosos artesonados, daban la unidad a las inteligencias. Porque, por Universidad, no se entendía entonces tan sólo universalidad de asignaturas, sino variedad de materias que tendían a la unidad: **uni vertere, uni versum**, tendencia a la unidad, obtención de la unidad.

Esta concepción grandiosa y trascendental de la Universidad medioeval, fué también la de la Universidad colonial hispanoamericana, y esa concepción hacía que la ciencia, en ella estudiada, fuera una dentro de su variedad, y que élla se impusiera dominadora, como consecuencia forzosa de todo realismo armónico.

Cuán bella y cuán profundamente exponía esta realidad, aquel varón sapientísimo, alumno primero, y profesor después en la Universidad salmantina: "Las cosas, además del ser real que tienen en sí, llevan aún otro más delicado y que en cierta manera nace de él, consistiendo la perfección en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que de esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el ser mío, se abraza y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y



quedando no mezcladas se mezclan, y permaneciendo muchas, no lo sean, y extendiéndose y como desplegándose delante de los ojos, la variedad y la diversidad, vengza y reine y ponga su silla la Unidad sobre todo".

En estas expresiones de Luis de León, está el secreto de la grandeza de los hombres, de las instituciones y de los pueblos verdaderamente grandes: unidad sobre todo, unidad en el ser, unidad en el conocer, unidad en el sentir, y debajo de esa unidad, variedad y diversidad, riquísima e inagotable. No se trata de la fórmula fichtiana:  $A = A$ ; ni se trata de la schellingiana: todo es uno y lo mismo, sino que es esta fórmula, tan racional y tan comprensiva: todo es uno y diferente.

Fué esta fórmula, vivida y transmitida de alma a alma, y de generación en generación, la que dió esa maravillosa reciedumbre y otorgó esa esplendorosa luminosidad a aquellas Universidades de antaño, e hizo que fueran ellas el motor máximo de la unidad, a la par de las Catedrales, a las que tanto se parecían.

Y lo que fué para la Francia, la Sorbona; y para la Inglaterra, Oxford; y para la Alemania, la Universidad de Bona; y la de Lovaina para Flandes, y las de Bolonia y Roma para la Italia, y las de Alcalá y Salamanca para la España, eso fué, para el pueblo argentino, esta venerable, esta venerabilísima casa de Trejo y Sanabria.

Faro esplendoroso a la entrada del siglo XVII, irradió sin cesar, hasta los últimos confines de la vieja patria, sus luminosidades, las que no conocieron eclipses ni menguantes, y como en las selvas tropicales reciben la luz y son atraídos por la luz, y a ella se agolpan las polícromas mariposas, así también esta luminosa sede del saber máximo proyectó sus benéficos rayos sobre todo el vatísimo territorio argentino, y a ella acudieron, desde todos sus ámbitos, los jóvenes más promisoros, los de legítima vocación, los que sentían amor por el saber profundo, y así vinieron, presurosos y esperanzados, desde La Rioja, los Caravajal, los Adaro, los Villafañe y los Castro Barros; y desde Salta, los Moldes, los Cornejo, los Ovejero y los Arias; y desde el Tucumán, los Escobar, los Huidobro, los Padilla y los Posse; y desde San Juan de la Frontera, los Quiroga, los Guevara, los Rojo y los Gavanino; y desde Catamarca, los Villegas, los Segura, los Villagrán y los Sosa; y desde Jujuy, los Pacheco, los Ereñu, los Carrizo y los Sueldo; y desde Santiago del Estero, los Iramain, los Ojeda, los Gorostiaga, y los Salvatierra; y desde San Luis, los Calderón, y los Alvarez, los Ortiz y los Jofrés;

y desde Mendoza, desde Corrientes, desde Entre Ríos, desde Buenos Aires, los Jaunzaras, los Iriarte, los Quintana y los Cevallos; y desde Montevideo y desde la Asunción del Paraguay, y desde Tarija, y aun desde Santiago de Chile, llegaron a esta opípara mesa del saber, los jóvenes de cien generaciones, así antes como después de los venturosos días de mayo de 1810, y aquí templaron sus espíritus en la **unidad y en la armonía**, unidad y armonía que trasladaron después a la cultura, a la política, a la economía, a la sociabilidad de aquellos ya lejanos, pero trascendentales tiempos.

Jóvenes de la Acción Católica, que, en estos días de vuestra 8ª Asamblea Nacional, habéis querido visitar, como en peregrinación, a un tiempo devota y cultural, esta Casa de Trejo y Sanabria, venerabilísima, plenísima de historia, pletórica de glorias, descalzaos, podría deciros en términos bíblicos, descalzaos, pues pisáis tierra sagrada y arde aún aquí la zarza inextinguible, y os cobijan bóvedas preñadas de sabiduría y os acompañan sombras gloriosas, las de aquellos grandes maestros del recto pensar y del recto vivir, y las de aquellos estudiantes, venidos como vosotros de los más diversos ámbitos del país, y que se capacitaron aquí para emanciparse del error, de la pasión y de la falacia.

Un varón de prelaticio aspecto, que ostentaba el pectoral sobre el sayal franciscano, y cuya imagen yergue airosa e imponente a vuestra vista; varón aureolado por la santidad, y dotado de juicio penetrante y de visión certera del futuro, tuvo la peregrina ocurrencia, o la sublime inspiración de lo alto, y la tuvo en el correr de 1613, cuando esta Córdoba, hoy inmensa, hoy populosa, hoy activísima, era un modesto villorio de 300 vecinos.

Para comprender su obra, es menester recordar que la España de los siglos XVI y XVII tenía, como ninguna otra nación, en el decurso de esas dos centurias, los más ricos veneros del saber, y hemos de reconocer paladinamente que los volcó, sin limitaciones algunas, sobre la América, tan inmensa como ralmente poblada. Lejos de haber sido avara con sus hijos de allende del mar, fué manirrota con ellos, hasta el extremo de fundar treinta y seis Universidades para sus cinco millones de indianos, y sólo treinta para los cuarenta millones de peninsulares.

En estas inhóspitas regiones del Nuevo Mundo, abundaban ya en 1613, las escuelas de primeras letras, y había sobradas aulas de segunda enseñanza, pero ¿no era soñar en Icarias



o en ciudades del Sol, el pensar en fundar en ellas una Universidad? Pero lo más sorprendente no es que estas ocurrencias, estas fantásticas ocurrencias, tuvieran lugar en mentes soñadoras, ya que la fantasía del hombre no tiene riberas, sino que lo inaudito es que estos sueños llegaran a ser bellísimas realidades, aun cuando todas las circunstancias decían a gritos que el fracaso era inevitable. Pero aquellos hombres tenían dogmas, señoras y señores, y una fe profunda los alentaba.

Aquellos hombres, que eran tan bravos como cultos, que eran tan esforzados como optimistas, hicieron el milagro; no les era dado, a causa de las distancias, y de los peligros del *mare tenebrosum*, y por razón de la pobreza de la tierra, enviar a sus hijos a Alcalá o a Salamanca, e hicieron lo que era aún más bravío: hicieron que Alcalá y Salamanca vinieran hasta ellos, hicieron que Oxford y Lovaina se trasladaran a orillas del tortuoso Suquía.

Es un hecho que no puede negarse. A los mismos jesuítas nada pusilánimes para las grandes empresas, les sorprendió la proposición de Trejo y Sanabria, de fundar una Universidad en aquel villorio cordobés, y debieron de considerar ese proyecto como una ilusión, por más que el gran Obispo tenía ya hecho sus pruebas con la fundación del Seminario Mayor de Santa Catalina y con el Colegio Convictorio de San Javier, y con el Monasterio de las Catalinas, que también fué un centro cultural.

Los hechos innegables son éstos: en una entrevista en el decurso de 1613, y en público comedor, el Obispo Trejo "quiso tentar el vado, a ver cómo se recibía la especie de fundar Estudios de Artes y Teología", y "después de comer, añadió algunas ideas más, diciendo que su plan "era fundar una Academia" o Universidad.

Conocemos estas dos manifestaciones de Trejo, por el entonces Provincial de los Jesuítas, Padre Diego de Torres, y éste Jesuíta nos dice de sí mismo: "no rechacé la propuesta, sino que la aplaudí y le estimulé a ejecutarla, diciéndole que era ésta una verdadera inspiración de Dios", y el gran obispo franciscano, ante esta actitud tan comprensiva y generosa del gran jesuíta, la ejecutó de inmediato. A los pocos meses, esto es, a los 15 días de marzo de 1614, escribía al Rey, y después de manifestarle que tenía entre manos la fundación de "un Colegio de la Compañía en la ciudad de Córdoba, donde se lea Latín, Artes [o Filosofía] y Teología", suplicaba a Su Majestad que se dignara "dar licencia para que los Padres de la Compañía puedan dar grados en Artes y Teología".

Tales fueron los propósitos y tales los actos de Trejo y Sanabria, y así como nadie hizo más que él para que esta Universidad fuera una realidad, así podemos también aseverar que nadie, como él, mediante su concepción genial, y la afortunada realización de la misma, ha influido más profundamente en la formación del pueblo argentino, y nadie, a lo menos hasta nuestros tiempos, ha penetrado más en la intimidad de las mentes.

¡Pero fué una Universidad teológica!, exclaman algunos pobres de espíritu, y con esa expresión creen repudiar el oscurantismo colonial, réplica de la medioeval, como si no hubiesen sido igualmente teológicas todas las grandes Universidades europeas, en los siglos 16, 17 y 18, y como si no fueran eminentemente teológicas las grandes Universidades actuales, como la de Bonn en la Germania, la de Oxford en la Inglaterra, la de Lovaina en Bélgica y la de Estrasburgo en la Francia.

Aun más: ¿es concebible una Universidad, en el sentido propriísimo de esta voz, que no sea **primordialmente** teológica? Bien sabéis, señores catedráticos, y no dudo que también vosotros, jóvenes que me escucháis, la teología es un organismo científico que, partiendo de las verdades reveladas, y tomando por base la Sagrada Escritura, la tradición y la doctrina de los Santos Padres, convierte todos estos elementos en unidad de método, en sistema de enseñanza, y saca de ellos todas sus implícitas consecuencias, y mediante la rigurosa disciplina que impone al entendimiento, es, a la vez que base y fundamento y supuesto de toda ciencia cristiana, altísimo y necesario complemento de todos aquellos saberes que puede lograr el hombre en esta vida, mediante el natural esfuerzo de su razón.

Por eso, así como la metafísica en sus especulaciones más altas, implica la Teodicea y, con ella, una proposición teológica, que pone en el umbral de la fe al alma **naturaliter christiana**, así la metafísica, llegada al término de su carrera, siente y reconoce la necesidad de otra ciencia más alta, que llene sus vacíos y aclare sus deficiencias, e ilumine con los rayos de un sol suprasensible, tantos y tantos puntos como deja a oscuras esta débil lucecita de la razón, la que suele andar tan amortiguada en nosotros, a causa de las nieblas que desparramó el pecado de nuestros primeros padres, aunque de ella no podemos decir mucho mal, ya que, al fin, es “impresión de las razones eternas, es participación de la lumbre increada, es similitud de la verdad eterna, que resalta en nosotros”, y, para decirlo todo en una frase de Santo Tomás, es “potencia, en cierto modo, **infinita** para todo lo inteligible”.



En el desarrollo de ese organismo filosófico, compenetrado por el dogma, el cual a la manera del telescopio, no anula la vista antes la agranda, tuvo esta Universidad cordobesa papel gloriosísimo, desde los primeros días de la colonización en el Río de la Plata, y tal que entre las glorias argentinas, muy pocas, si alguna (personalmente opinamos que ninguna), puede envanecerse tanto como ella.

¡Qué vistosa caravana de sabios maestros: Francisco Burges y Lauro Núñez, Antonio Torquemada y Eugenio López, Ladislao Orosz y Juan José Casal, Cayetano Rodríguez y Gregorio Funes!...

¡Qué empeñoso y alegre desfile de alumnos: Luis de Tejeda, Ignacio Duarte y Quirós, Nicolás Videla, Juan José Passo, José Eugenio del Portillo, Juan José Castelli, Juan Ignacio Gorriti, José Valentín Gómez, Pedro Ignacio de Castro Barros!...

Y no creáis, jóvenes que me escucháis, que aquellos profesores de antaño fueran gárrulos sofistas o repetidores adocenados, y que aquellos alumnos estuvieran sumidos en el marasmo del aristotelismo. No iban, no, a la deriva de las grandes Universidades europeas, antes, en más de un aspecto y en más de una época, llevaban ventaja, no tan sólo a Salamanca y a Alcalá, no tan solo a Bolonia y a Oxford, pero hasta a la misma Gregoriana de la ciudad eterna.

Pero de todos aquellos profesores he de recordar, en especial, a tres de ellos: a Torquemada, a López y a Casal, y de todos esos alumnos, he de recordar también a tres, a Valentín Gómez, a Castro Barros y a Juan José Castelli, y por encima de estos alumnos y por encima de estos profesores, he de recordar al que fué el mentor máximo y el inspirador supremo y el doctor eximio y perenne, desde 1613, aun antes de nacer esta Universidad, cuando era aún embrionaria en el seno del Colegio Máximo de la Compañía de Jesús, hasta 1767, y aun después de esta fecha, hasta 1810, no obstante la campaña artera y tiránica, anticultural y retrógrada, que Carlos III y sus consejeros volterianos, emprendieron contra el gran pensador hispano, contra Francisco Suárez y contra sus doctrinas democráticas, y contra los más fervorosos sostenedores y propagandistas de esas mismas doctrinas.

El que los Jesuitas, en 1767, fueran expulsados de esta Universidad, por ellos sabiamente organizada, dirigida y engrandecida, desde 1622, no obedeció sino a un sólo móvil: el

que ellos, con Suárez, y en consonancia con las doctrinas democráticas del eximio pensador hispano, se opusieran tenazmente a las alharacas de los sostenedores del absolutismo real, doctrina de procedencia británica y protestante, que, en pésima hora, prohicieron las suicidas cortes borbónicas.

Suárez, y con él todos los maestros cordobeses, en especial, aquellos tres, y todos los alumnos, particularmente los tres nombrados, sostuvieron en estas aulas que: ninguna persona física o moral recibe, inmediatamente de Dios, la potestad civil; que esa autoridad le viene al Gobernante por medio del pueblo, y que el pueblo la otorga al gobernante por su libre consentimiento, y mediante un pacto, un **do ut des**.

Tal es la doctrina suareciana, y tal fué la jesuítica, entre 1622 y 1767, y tal fué la franciscana entre 1767 y 1806, y tal fué la de los patriotas en las memorables jornadas de 1810.

Los mistificadores de la Historia han aseverado que fué el **Contrato Social** de Rousseau, la llave de oro, con que los patriotas del 22 de mayo abrieron las puertas a la libertad, pero la obra del pensador ginebrino era desconocida a la mayoría de los hombres de pensamiento y de acción, en aquella era gloriosa, y aun en el supuesto que les fuera conocida, de nada les hubiera aprovechado, ya que Rousseau, no sólo no acepta la existencia del pacto entre el pueblo y el gobernante, que es el pacto a que se refirieron, y sobre el que estribaron los Castelli, los Saavedra, los Alberti, los Belgrano, sino que, explícita y categóricamente, niega la existencia del tal Contrato, y hasta lo califica de **monstruoso**.

No fueron, pues, los padres y corifeos de la revolución francesa, sino los Jesuitas y los Franciscanos de la Universidad cordobesa, los que prepararon el ambiente filosófico, ni fué con bocanadas de frases baladíes, sino con viril y nerviosa lógica, basada en la **teología**, y sostenida por la **filosofía**, que Castelli esgrimió en aquel memorable 22 de mayo, la doctrina suareciana, y sus compañeros, en tan gloriosa jornada, la secundaron e hicieron triunfar.

Fué esta Universidad filosófico-teológica de Córdoba, la que puso en manos de aquellos patriotas, el argumento Aquiles, y fué esta Universidad teológico-filosófica de Córdoba, la que infundió esa unidad en el sentir, en el parecer y en el obrar, unidad tal, que el Cabildo del 22 de mayo, lejos de haber sido un Pandemonium, o un conciliábulo, o una revolución en el sentido vulgar de esta voz, fué una altísima discusión sobre un tema de Derecho de Gentes.



Fué la más bella y, en el orden político, la más trascendental floración del pensamiento de Trejo y Sanabria, al hacer de esta Universidad una sede del saber máximo, esto es, de la Filosofía y de la Teología.

Sagrado es para todo argentino, y hasta es sacratísimo aquel viejo y remozado edificio del histórico Cabildo bonerense, puesto que, bajo sus bóvedas se meció la cuna de nuestra nacionalidad, pero no menos sagrada es esta venerable sede de la sapiencia, ya que durante dos centurias gestó esa misma argentinidad. Justo es que aquel Cabildo sea hoy una especie de santuario histórico, y es muy justo que esta Universidad, santuario histórico también, pero pleno de vitalidad, prosiga en su ya luenga y fecunda labor, plasmando las mentes de los jóvenes de hoy, hombres de mañana.

Pero, Señores Catedráticos, cerrad estas gloriosas puertas a los que se acercan a ellas, sin amor y sin vocación científica, y abridlas, de par en par, a quienes aguijonea un afán de purísima investigación.

Jóvenes! No penetréis en este augusto recinto del saber, como huéspedes, sin afición ni cariño, sino como ciudadanos de una República intelectual, a la que habéis de pertenecer, de por vida, no contentándoos con ganar honores en ella, mediante risibles exámenes, sino por la colaboración asidua y directa en los trabajos de laboratorio y de cátedra, porque sólo así os capacitaréis para ser, no tan solo profesionales, ya abundantes, sino también sabios de verdad, tan escasos, por desgracia.

Y permitidme, señores profesores, que, con el mayor respeto a la organización actual de esta Casa de Estudios, pero en un todo de acuerdo con el pensamiento de Trejo y Sanabria, asevere que la verdadera sabiduría no podrá existir aquí, en toda su plenitud, mientras la Teología esté ausente de ella. El que regrese a sus antiguos lares, y el que prime y reine en ellos, informando todos los estudios, dando a los mismos la **unidad y la armonía** necesarias, es algo imprescindible, es algo urgentísimo, es algo que se impone, hasta por el curso natural de los acontecimientos, ya que hasta nuestros niños en las escuelas y nuestros jóvenes en los colegios, aprenden los primeros rudimentos teológicos, y es **aquí** donde han de recibirlos en toda su plenitud.

Recientemente, con ocasión de clausurarse el año académico 1951-1952, S. S. Pío XII ha expresado este concepto con singular precisión: "Considerad, dijo, que las verdades religiosas os han sido presentadas, en la escuela y en el colegio, de

una manera ajustada a la inteligencia del niño y del adolescente. La madurez intelectual, que os permite comprender problemas y relaciones más profundas, ha venido con el transcurso de los años y solamente ahora, como universitarios, la podéis adquirir por completo. Si, pues, al avanzar paso a paso, en las ciencias profanas, no hiciereis análogos avances en los conocimientos religiosos y en la vida del espíritu, no ha de maravillaros el que tantos jóvenes queden sujetos a esas crisis que, poco a poco, se convierten en la indiferencia religiosa, o en otras formas, más o menos explícitas, de ateísmo”.

De esta observación y de esta admonición del sucesor de San Pedro, felizmente reinante, fluye una conclusión que está en plena consonancia con el pensamiento primario y fundamental de Trejo y Sanabria, y en conformidad con esa conclusión y con ese pensamiento, que fué el pensamiento director ayer, y ha de ser el pensamiento director, de hoy y de mañana, si no queremos que las instituciones se desnaturalicen, atrévome a decir, señores catedráticos, jóvenes alumnos y Socios de la Acción Católica, atrévome a decir, y comencemos por reconocer la trascendental utilidad de algunas ciencias que aún consideramos inútiles, atrévome a decir que sólo cuando esta Universidad de Córdoba, tan amada por nosotros todos, cuente, como contaba otrora, con su Facultad de Teología y no con una Facultad más, sino con una Facultad que inyecte savia vivificante a toda esta venerabilísima casa, y cuando catedráticos y alumnos consideren esa Facultad, como de importancia primordial en la formación de la Argentinidad, sólo entonces habrá sonado la hora de la plenitud espiritual, intelectual y social en este santuario de las ciencias, de las letras y de las artes.

## CASA TOR

PROVEEDOR DE ARTICULOS  
DE SPORT EN GENERAL

Descuento especial a los  
suscriptores de esta revista

HECTOR E. ESPINDOLA

CALLAO 737

T. E. 41-2864